

brevivieron al doctor Goyena, dejaron numerosa descendencia, que con razón venera la simpática memoria de su ilustre progenitor (12).

Ya es tiempo de entrar á hacer el estudio de las producciones literarias del distinguido filósofo y poeta, que tan gratos recuerdos nos dejara.

### III.

Es un hecho reconocido en la historia de la literatura que, si bien el apólogo pertenece á todos los hombres, á todas las naciones y á todos los tiempos, ha florecido más en las épocas de servidumbre y despotismo, y en los países que, como los del Oriente, son la tierra clásica de la leyenda, del mito y de la fábula; porque ésta no es sólo un medio ingenioso de expresar agradablemente pensamientos morales, sino á menudo el arma oculta que esgrime el débil y el oprimido, para corregir los vicios de los grandes y las miserias de los pueblos degradados.

No será, en tal concepto, fuera de propósito, sino por el contrario, absolutamente indispensable para juzgar del mérito, oportunidad y tendencias de las fábulas de Goyena, examinar antes, siquiera á grandes rasgos, la época en que le cupo en suerte figurar en la escena del mundo; el estado en que se hallaba la literatura entonces; y los obstáculos que tenía que arrostrar el que se decidía á recorrer el espinoso campo de las letras.

Cuando nació don Rafael García Goyena, aún estaba la América española bajo el gobierno colonial, que como resultado de la conquista, no podía dar por consecuencia

(12). Los hijos á que se alude eran Rafael, Calixto, Sebastián, Francisca, Margarita y Benvenuta.

sino el establecimiento de los absurdos sistemas y del régimen que estaban en boga entonces. Los monarcas españoles, allende el Océano, con las creencias de la época y la rudeza de los pasados siglos, ¿qué política habían de establecer que no fuese de absolutismo, de aislamiento y de ignorancia? Con razón el famoso Quintana, en líricas estrofas, calificó de crimen de aquellos tiempos la atroz codicia y la inclemente saña de que fueron víctimas las feraces tierras conquistadas por los aventureros españoles. Sabido es que desde Carlos V y Felipe II, que ordenaron la censura de toda obra por las Audiencias de Valladolid y Granada, y los arzobispos de Toledo, Sevilla y Burgos, hasta Carlos IV y Fernando VII, que prohibieron, para evitar trabajo á los censores, cualquier libro que contuviera versos, y todo periódico que no fuese el "Diario de Madrid," lejos de haber protección á las letras, se impedía su ensanche y desarrollo. ¿Quién ignora que, desde el primer grito de ¡tierra! ¡tierra! lanzado por Colón, hasta el postrer suspiro de los monarcas iberos, al ver que se hacía independiente el Nuevo Mundo, se pretendió amoldar el espíritu de sus pobladores, así como, á fuerza de comprimirlo, al fin se amolda el cráneo del indio, por el duro mecapal que lleva sobre su frente (13). Pero, ¿quién no sabe que en aquellos siglos, no sólo sobre España, que era por cierto la más adelantada de las naciones, y cuyas memorables hazañas y estupendo poderío llenaron de gloria las páginas de sus próceres, sino sobre el mundo todo, pesaban la intolerancia, el fanatismo y la autocracia, como la losa de una tumba pesa sobre los yertos despojos de una momia? ¿Quién no sabe que los pueblos coloniza-

[13] "Por mandado de los reyes de España, se prohibió bajo las penas más severas, que los colonos de América leyesen lo que se dió en llamar libros de ficción, poesías, novelas, dramas, etc. No había medio entre nosotros de deleitarse con la lectura de la obra maestra del genio de Cervantes no se podía leer ni á Lope de Vega, ni á Quevedo, ni á Moreto, etc." [Medina—Historia de la Literatura colonial de Chile. Tomo I, página XXVI.]

dores, casi siempre han extirpado las razas conquistadas, mientras que España trató de dar á sus posesiones en América cuanto ella tenía de más caro: su religión, su lengua y sus costumbres? No se crea, pues, que cuando lamentamos los errores de la Madre Patria y el atraso y obscuridad de las colonias, hay en nuestros juicios torcidas intenciones *patriotas*, ni en nuestras palabras són alguno de vituperio; porque harto comprendemos que no se puede con ligereza citar al pasado á guisa de reo ante el tribunal del presente, ni juzgar del espíritu de otra época por las ideas actuales.

Hase dicho siempre que la familia es en pequeño lo que la sociedad en donde se forma y crece; por lo que no debe extrañarse que fuera el hogar en aquellos tiempos, sin libertad y sin expansión, algo como un monástico asilo, en el que la torva mirada y el ceño adusto del padre, infundían más que reverencial amor en el hijo, ese miedo que aleja instintivamente y que repele; esa hipócrita sumisión que falsea el carácter y tuerce las naturales inclinaciones del niño y del adolescente. Los hijos muchas veces no disponían de los sentimientos de su corazón para casarse, ni menos participaban de las tiernas y cariñosas confidencias de sus padres. La joven que no contraía matrimonio, iba al claustro por regla general. "Nuestros abuelos, hartos de los discreteos, latines y tiquis-miquis de las damas de Calderón, dice don Juan Valera, condenaron el saber en las mujeres, denigraron á las sabias con los apodos de licurgas y marisabidillas, y pusieron el ideal femenino en la más crasa ignorancia."

La esposa misma del doctor Goyena, que deseaba algunas veces usar atildado lenguaje; pero que por falta de estudios gramaticales, echaba á cada paso un gazafatón, decía que su marido era un juez muy severo, á lo cual contestaba él irónicamente: ¡hija, yo no soy más que tu fe de erratas!

A España le sucedió, con sus posesiones americanas, que incurría en el error, contrariando las leyes de la naturale-

za, de cohibirlo todo. A los padres les pasaba, por lo general, que juzgando cosa hacedera extirpar las pasiones, en vez de guiarlas y conducir las, no había conato que no acallasen, ni expansión que no tratasen de comprimir. Cabe amor filial, sin gazmoñería; libertad, sin desenfreno; y autoridad paterna, sin ciegas imposiciones.

En todo caso, al célebre escritor, cuya vida bosquejamos, tocóle en lo político, el sistema colonial; y en lo doméstico, el de la patria potestad romana, que era *fuerza y autoridad*, según la definición del emperador Justiniano.

En cuanto á lo literario, siempre siguieron estos países, en menor escala, los mismos pasos de España: culteranismo ó gongorismo, en el siglo XVII; deplorable decadencia hasta mediados del XVIII; y algún renacimiento, desde los posteriores años de la última centuria. Ya entrado el siglo XVIII, todavía continuó la decadencia de aquella literatura, antes tan original, tan independiente, tan vigorosa y llena de soberbias galas. El purismo acabó por dar muerte al buen gusto; las musas imitadoras perdieron su gentileza y donaire, convirtiéndose en serviles farsantes de sentimientos adulterados y bastardos; y la literatura castellana trocóse, de apuesta dama que era, en tísica ensimismada, cubierta de harapos ajenos. Las ciencias no andaban mejor paradas por entonces, y todavía en los buenos tiempos de Feijó y Mayans (14), las universidades de Salamanca y Alcalá se negaron á reformar el plan de estudios, sin querer abandonar el peripato, con todo y su cortejo de futilidades y absurdos, que traían casi siempre reñidos á los *criollos* con los *chapelones*, pues los primeros eran "*virtualistas*," y los segundos "*tomistas*," según el lenguaje de las escuelas (15).

Sería de ver uno de aquellos raros *certámenes*, como el

[14]. «Teatro Crítico» y «Cartas Literarias.»

[15]. Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana: página 17.

que, con el nombre ó título de "*Amorosa contienda de Francia, Italia y España, sobre la augusta persona del señor don Carlos III, se celebró el año 1761.*" Se acostumbraba hacer una vistosa procesión, precedida de gran número de atabaleros; seguían muchos estudiantes en cabalgaduras, después los caballeros principales de la ciudad, mezclados con la mitad de los doctores, montando mulas ó caballos ricamente enjaezados; concurrían también funcionarios públicos, y comisiones de las comunidades religiosas. Cerraba la procesión un sujeto distinguido, en magnífico caballo, llevando un cartel en forma de estandarte, donde se anunciaba el certamen. Dicho cartel se adornaba primorosamente con pinturas alegóricas. Al lado de la persona que lo conducía, caminaba el fiscal y el secretario, seguidos de sus criados que lucían de costosas libreas. Iban por último algunos soldados de guardia para conservar el orden, entre la gran multitud que asistía á aquellas fiestas, en coche, á caballo y á pié. La comitiva salía de la casa del que llevaba el estandarte, y terminaba en la Universidad, donde era recibida por algunos doctores precedidos del rector. En la Aula el secretario recitaba una composición poética y exponía los asuntos del certamen" (16). En seguida entraban en elucubraciones metafísicas, teológicas, históricas; pero escasas de sustancia y en embrollado latín. Concluía el acto con un refresco, que costeaba el porta cartel, á guisa de prominente persona en el baturrillo doctoral, ó como dirían hoy, en la *velada lírico-literaria*, pues hay que advertir que también en aquella función había música, y que no falta quienes ignoran que *las veladas* no pueden verificarse de día.

En Guatemala no hubo por entonces más que una imprenta, y en ella se publicaba "La Gaceta Oficial," el alma-

[16]. Historia crítica de la Literatura y de las Ciencias en México, por D. Francisco Pimentel; página 362.

naque, alguna novena, y como cosa extraordinaria, el "Reglamento de la Bula y de los Diezmos," ó "La Jura del muy amado y deseado Fernando VII." Se daban á luz algunas crónicas, y varios libros raros permanecieron inéditos. Venían escasas obras del extranjero y se vigilaba con ojo suspicaz cualquier impreso, si era español; porque los franceses, ingleses y de otras nacionalidades no franqueaban las aduanas. Las reuniones literarias, los círculos académicos y las sociedades científicas, eran muy escasos por entonces (17).

Y no se diga que en 1782 publicóse en Bolonia el poema didascálico del jesuita Landívar, natural de la Antigua Guatemala; y que también había figurado el poeta Juan de Meztanza, porque fuerza es confesar que el aparecimiento de aquellos versos latinos, tan justamente celebrados, arguye más bien la poca atención, si no desprecio, con que nuestra lengua se miraba; y del poeta, revelado por el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra (18), cuyas producciones son hoy desconocidas, podría decirse lo que con justicia se ha dicho del mismo Goyena, que fué una rara excepción; que sobrepujó á su tiempo; que era un genio privilegiado; que se formó por sí mismo, y que rectificó los vicios y defectos de la educación que había recibido.

No es tarea que cuadre, por cierto, á nuestra natural in-

[17]. Por el año 1772, la imprenta que existía era la de don Antonio Sánchez Cubillas, en la Antigua Guatemala, frente del edificio de correos; imprenta que se trasladó á esta capital. En ella funcionaban, el año 1791, la de don Ignacio Beteta, y en 1799 la de la viuda de don Sebastián de Arévalo.

[18]. «Llegó Juan de Meztanza, cifra y suma  
De tanta erudición, donaire y gala,  
Que no hay muerte ni edad que le consuma:  
Apolo le arrancó de Guatimala,  
Y le trujo en su ayuda para ofensa  
De la canalla, en todo extremo mala.  
[Viaje al Parnaso. Canto VII.]

clinación, esa de empequeñecer lo propio, y menos en materias literarias, que de suyo enardecen el patriotismo. Siempre exclamaremos, á fuer de amantes de esta tierra, con el autor del "*Rusticatio Mexicana*:"

“¡Salve, cara Parens,  
Salve Guathimala, salve!

Pero no nos es dado desconocer las épocas, ni borrar los fastos de la historia, ni dejar de pintar, siquiera sea con pálidos colores, el atraso y la decadencia; decadencia y atraso que no eran peculiares al istmo centro-americano, sino que se extendían desde el río Grande hasta el río Negro, desde Nueva España hasta la tierra de las pampas; por más que no faltasen notabilidades, como la famosa “monja mejicana,” el ajusticiado Caldas, el sabio Mutis, cuyas obras fueron arrojadas á las llamas, el épico cantor de la Araucana, el incorrecto Juan de Castellanos, el dramaturgo Alarcón y pocos ingenios más, cuyas prominentes figuras aparecen alumbradas por los fulgores siniestros de las hogueras inquisitoriales, como para probar que jamás se puede extinguir del todo el germen de las ciencias y de las letras: hasta del árida y quemada roca brotan á las veces algunas florecillas que esmaltan el estéril musgo y el amarillo jaramago.

Tocóle á Goyena la época de la tormenta revolucionaria que estalló en los últimos años del siglo anterior, conmoviendo á las sociedades hasta en sus más sólidos cimientos; tocóle también presenciar el comienzo del siglo presente, cuando el genio de la guerra, Napoleón, “sale como de una nube, semejante á un misterio; lanza su caballo á galope á través de la Europa; marcha á la casualidad envuelto en humo; abre ante sí, con la espada, paso á la revolución; deshace la historia á cañonazos; borra los límites geográficos; mezcla el mundo como una madeja. Cada uno de sus pasos es un ruido de hundimiento. Parece el *consumatum est* del destino. Pálido sacrificador, en pié á la entrada de

la centuria actual, celebra sobre la innumerable hecatombe del campo de batalla la pascua de una nueva humanidad.” (19) Tócole, por último, á nuestro poeta ser contemporáneo de aquellas innobles escenas de humillación, de debilidad y de vergüenza que atestiguó el palacio real de Madrid, cuando Fernando VII subió al trono de sus abuelos, diciendo: “Aborrezco y detesto el despotismo; empeño mi palabra de gobernar con la ley,” y luego ¡quién creyera!, como dice el historiador Lafuente, no tardó en agregar la ingratitud al engaño; y el que aborrecía y detestaba el despotismo hizo enarbolar de nuevo el negro pendón inquisitorial abatido en Cadiz, y lanzó á los más ilustrados españoles á las áridas rocas del Africa, á los mortíferos presidios. En vano volvían entonces los peninsulares sus patrióticas miradas al lábaro de 1812; clamaban por la libertad; y no se detenían á reflexionar si aquella Constitución era adecuada, ni si las circunstancias de los tiempos le eran propicias. Por la liberal enseña espiraron en terribles calabozos y fueron al cadalso preclaros varones. Al fin juró con los labios el veleidoso monarca la misma Constitución que había empapado antes con la sangre de mártires inocentes; y aquella memorable farsa se celebró con inusitado, inconsciente regocijo, como siempre celebran los pueblos medrosos é ignorantes cuanto se desprende del poder, por más que no alcancen á entenderlo; por más que lleve en el fondo perfidia, doblez y alevosía (20).

[19]. Pelletán—La Profesión de Fe del siglo XIX. Página 397.

[20]. Existe un curioso libro de 166 páginas, con finísimos grabados de J. Casildo España, que lleva por título “Guatemala por Fernando VII el día 12 de diciembre de 1808.” Allí se relaciona con cuánta pompa se celebró en este reino la jura de aquel monarca. Es digno de recordarse aquí, por lo que concierne á la literatura, que en el tablado que se erigió en la plaza mayor, y que contenía buenas pinturas del maestro Mariano Pontaza, José Muñoz y Dionisio Contreras, de la escuela de D. Juan J. Rosales, se figuró un edificio que simbolizaba el templo del honor. “A un lado de su pórtico, que ofrecía franca entrada, se veía la historia significada en una hermosa ninfa, escri-